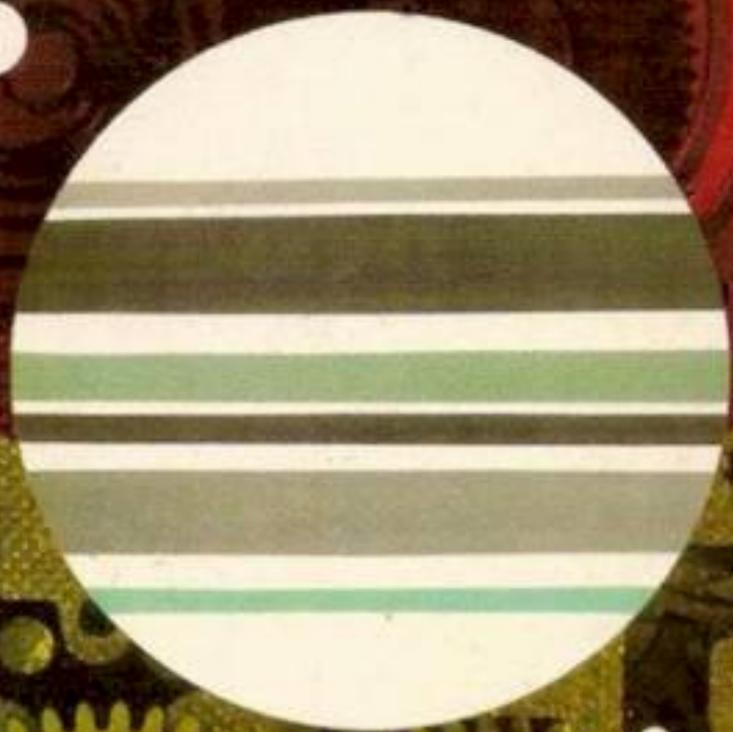




Fredric Brown



**POR SENDAS
ESTRELLADAS.**

Transcurren los últimos años del presente siglo, 1997, 1998, 1999, 2000 y 2001. Un infatigable luchador, Max Andrews, un enamorado del espacio y de la conquista de las estrellas, sólo vive para esta magnífica aventura. Se convierte en uno de los mejores técnicos en cohetes de América, consigue llegar a la Luna y Marte. Después, los conservadores y los que se oponen al ingente gasto del presupuesto fabuloso de la expansión de la conquista espacial, se oponen a la gran operación *Proyecto Júpiter*. Max Andrews, que perdió una pierna en Venus, al serle abrasada por un escape atómico del cohete espacial, en vez de retirarse, sigue luchando. No piensa en constituir una familia, sino que continúa en la brecha, hasta conseguir llevar a término el *Proyecto Júpiter*.

Una novela humana, atractiva, real y de anticipación, del gran escritor Fredric Brown.

Primera Parte: Año 1997

Tenía la intención de haberme quedado algunos días más; pero aquella tarde, algo me hizo cambiar de opinión. Fue mi propia imagen reflejada en el espejo del cuarto de baño de mi hermano Bill. Viéndome allí desnudo, chorreando de agua y aguantándome sobre una sola pierna, ya que sólo dispongo de un miembro inferior en qué sostenerme, decidí marcharme aquella misma noche.

El tiempo se escapaba de mi vida, como el agua por el grifo de la bañera. La imagen que contemplé de mí mismo en el espejo grande y situado en la puerta del cuarto, me lo mostró con cruda realidad.

Un espejo no miente. Nos avisa fielmente que tenemos el aspecto y la edad que nos corresponde en la realidad. A mí me reveló claramente mis cincuenta y siete años. Y si existe todavía algo que hacer, algún lugar a donde ir, algo que realizar, lo mejor que puede hacerse es hacerlo o marcharse allí donde nos lleva nuestro destino. Opino que lo mejor que puede hacerse es aprovechar el tiempo que nos queda de vida y seguir el camino trazado por nuestra pasión o nuestros deseos de construir, de hacer, de ir a alguna parte. Es fácil detener la salida del agua en el grifo de una bañera; pero no así respecto a detener el tiempo que corre implacablemente de nuestras vidas. En cierto modo, es posible hacerlo de forma más lenta. Viviendo una vida tranquila y sin complicaciones. Dejándose manosear por los médicos y que ensayen sobre uno sus conocimientos inciertos sobre la geriatría; pero nada hay que detenga el desola-

dor y fatal paso del tiempo sobre nuestro organismo. De todas formas se es ya viejo a los setenta años.

Dentro de trece años más, yo alcanzaría los setenta. Tal vez me sentiría más viejo, antes de transcurrido ese plazo y mucho más en mi caso, con una pierna de menos en mi anatomía.

Creo que es indecente y hasta inhumano colocar esos grandes espejos en las puertas de los cuartos de baño. Provocan el narcisismo de los jóvenes y la infelicidad de los viejos.

Tras haberme secado y haberme colocado mi pierna artificial, obra maestra de la prótesis, me pesé en la balanza del cuarto de baño. Ciento veintisiete libras. Pensé que no estaba mal del todo. Había recuperado siete de las catorce libras de peso perdidas. Si me cuidaba razonablemente, estaría nuevamente en mi peso en pocas semanas. Volví a mirarme en el espejo y esta vez no me pareció tan mal mi propio aspecto. Aún quedaba en él bastante fuerza muscular y suficiente vitalidad. Y entonces que ya tenía puesta mi pierna de magnelita, parecía, además, un cuerpo completo, o al menos a mí me dio esa impresión. El rostro que aparecía en aquel cuerpo reflejado en el espejo, no estaba tampoco tan mal, todavía se advertía una corriente de energía y de fuerza en él.

Me vestí y descendí la escalera; pero no dije nada a mi familia. Esperé hasta después de la cena, en que Merlene subiese al piso de arriba para acostar a Easter y al pequeño Bill. Sabía que habría una disputa y que los chicos no deberían estar mezclados en ella. Yo podía arreglármelas bien con Bill y Merlene y estar de acuerdo con ellos, cuando tuviera que decirles que me iría de nuevo a cualquier parte. Pero con los niños, al preguntármelo, me situarían en un difícil trance. Sus primeras palabras serían: «—Tío Max, no te vayas por favor...»

Bill se sentó a presenciar un rato la televisión. Aquél era mi hermano menor, ya con sus cabellos grises, una calvicie

pronunciada y ni un ápice de imaginación. Sin embargo, era un muchacho excelente. Casado y feliz, aunque lo había hecho bastante tardíamente. Tenía un trabajo seguro y unas opiniones seguras sobre sí mismo y su mundo circundante. Pero sin el menor gusto fuera de aquella rutina por todas las cosas que apasionan a los hombres que aman la aventura y tienen imaginación. Le gustaba la música de los vaqueros. En aquel momento, estaba escuchándola.

El programa provenía del espacio exterior, procedente de un satélite artificial, de una tele-estación situada a veintidós mil millas de distancia en el vacío espacial y girando alrededor de la Tierra una vez por día terrestre. Esto suponía que siempre permanecía prácticamente en Kansas. A todo color aquel programa tridimensional transmitía en aquel instante música vaquera. Aparecía un hombre tocando una guitarra y cantando con acento tejano:

*Déjame en mi solitaria pradera con un garañón libre
y salvaje...*

Yo le habría dado mejor un capón que un caballo padre y en cualquier caso le habría dicho que se callase.

Pero a Bill le gustaba aquello.

Aparté la vista del aparato y comencé a mirar de forma errabunda por el magnífico paisaje de la noche. Desde allí se contemplaba un bello panorama de Seattle. Desde aquella ventana de la casa de Bill se alcanzaba una distancia de treinta millas a lo lejos. Un bello panorama en una noche espléndida como aquélla, una de esas raras noches brillantes y cálidas que de vez en cuando pueden gozarse a finales de otoño.

Debajo, las luces de Seattle y por encima, las luminarias del cielo. Tras de mí, un vaquero cantando. A poco, la canción terminó y Bill operando con un mando a distancia cor-

tó el sonido porque comenzaba la sección de anuncios comerciales. En aquel agradable silencio, dije repentinamente a mi hermano:

—Bill, me voy.

Bill hizo lo que yo esperaba que no hubiera hecho. Se dirigió hacia el aparato y lo apagó. Seguramente que pretendería discutir conmigo sobre el particular y tratar de convencerme de que continuase en su casa. Para empeorar las cosas, Merlene volvía de la habitación de los niños, quienes por rara casualidad se habían ido a la cama sin discutir. Yo había contado con haber hablado sólo con Bill sin la presencia de mi cuñada, que habría reforzado su postura hacia mí. Y ahora les tenía a ambos frente a mí. Y Merlene había oído mis palabras.

—No —dijo ella firmemente, sentándose en el sofá y mirándome.

—Sí —repuse yo con más suavidad.

—Max Andrews has estado aquí menos de tres semanas. Te encuentras a mitad de tu convalecencia. Necesitas por lo menos otras dos semanas de reposo y tú lo sabes bien.

—Creo que no es preciso. Ya he tomado las cosas con calma durante bastante tiempo y estoy bien.

Bill se había sentado en un cómodo butacón.

—Escucha, Max... —comenzó a decir; pero se volvió hacia su mujer y yo lo hice al mismo tiempo.

—No te encuentras bien todavía y bien lo sabes —repitió mi cuñada con tono afectuoso.

—Creo que no me caeré si salgo andando, querida. Voy a hacerlo y si fracaso, te prometo que me quedaré. ¿De acuerdo?

Ella me miró intensamente preocupada. Mi hermano se aclaró la garganta y de nuevo intentó decirme como anteriormente.

—Escucha, Max... —pero volvió a quedarse silencioso.

—Esos condenados pies tuyos, Max —insistió mi cuñada.

—Bueno, es uno sólo el que me molesta —le dije a Merlene—. Y ahora, muchachos, si esta discusión va a continuar, me encantaría que os sentarais juntos para no tener que andar moviendo la cabeza de un lado para otro. Vamos, sed buenos chicos. Bill ¿quieres sentarte junto a tu mujer?

Mi hermano se levantó y se dirigió al lugar indicado. Se movía con poca gracia, ya que esta cualidad no era el punto fuerte de mi hermano. Era todo lo contrario de Merlene; ella había sido una buena bailarina antes de haberse casado con Bill y cualquier movimiento que realizaba con todo su cuerpo resultaba gracioso. En todos sus actos se adivinaba la gracia innata de la bailarina educada en buena escuela y resultaba encantador observar cualquiera de sus movimientos.

—Por favor, Max, escucha esto —me dijo ella—. Nos gusta tenerte a nuestro lado. Te queremos, bien lo sabes. No es nada de que tengas que imponerte como un compromiso entre nosotros. Además, te obstinas en pagar tus gastos y muy generosamente. ¿Qué razón hay para que quieras abandonarnos ahora?

—Bah, Merlene, exageras. Si al menos hubieras consentido en que os hubiera pagado cincuenta dólares por semana, como te había sugerido...

—Bueno, ¿te quedarías dos semanas más, si aceptásemos cobrarte ese importe?

Tuve que sonreírme por la cariñosa insistencia de mi cuñada.

—No, querida, lo lamento, no puede ser. Escuchad los dos —continué—, vosotros sois dos contra mí y eso aumenta las posibilidades de quedar derrotado. Vosotros sabéis que quiero con locura a Easter y a Billy y puede ser que aún no estén dormidos. ¿Por qué no los traéis aquí y les decís que quiero irme para que con sus lágrimas me suavicen?

Merlene me miró casi irritada y a punto de llorar.

—Tú... tú...

Le hice una señal a Bill.

—La razón de que no hable es que está pensando en hacerlo pero se resiste a hacerlo. Creo que está imaginando qué pretexto va a tener para hacerlos bajar del piso de arriba. —Miré a Merlene entonces—. Pero eso no sería jugar limpio, cariño. No es por lo que a mí respecta, sino más bien por ellos. Esto puede trastornarlos emocionalmente y creo que no tiene objeto. Porque a pesar de cualquier disgusto que pueda ocasionarse, yo me marché esta misma noche. Tengo que hacerlo.

Bill suspiró resignado. Me miró con tristeza y sentí una inmensa ternura por aquel hermano mío menor que yo, ya con las sienes plateadas por los años.

—Supongo entonces que resultará inútil cuanto me he esforzado en darte ese empleo en la Unión de Transportes. Un buen empleo, Max.

—Querido Bill, yo soy mecánico de cohetes. La Unión de Transportes no emplea cohetes.

—Sería un empleo administrativo, Max. Y desde ese punto de vista ¿qué más te da que use o no cohetes en vez de aviones a chorro?

—No me gustan los aviones a chorro. En eso estriba la diferencia.

—Los cohetes están quedando de lado, Max. Y además... ¡Dios mío! No pensarás en trabajar toda tu vida de mecánico de cohetes...

—¿Por qué no? Y además, ¡diablos! Los cohetes no pasan de moda. No, hasta que se consiga algo mejor todavía.

Bill soltó una carcajada.

—¿Algo así como las máquinas de coser?

Le sonreí evitando el chiste, sintiéndome además divertido por el giro de la conversación. Pensé que me había costado dos semanas de tiempo y mil dólares en efectivo; pero una buena broma como aquélla valía la pena. Bill se

aclaró nuevamente la garganta para decir algo. Pero Marlene me salvó esta vez.

—Oh, déjale ir, Bill. Se va de todas formas y nada hay que le detenga. ¿Para qué vamos a echar a perder esta velada?

Crucé la habitación y le di una palmadita en el hombro.

—Eres mi ángel bueno, Merlene. ¿Podemos beber algo para celebrarlo?

Por unos instantes ella pareció indecisa. Yo dije con toda la paciencia del mundo.

—Está bien, querida. No soy un alcohólico, al menos no en el sentido de que no pueda comportarme convenientemente en sociedad mientras bebo e incluso perder la cabeza mientras «me pongo a tono». Y ahora en celebración de mi inminente partida, ¿puedo preparar una ronda de martinis?

Ella se levantó en el acto.

—Lo haré yo, Max. —Y se dirigió fuera de la habitación con sus pasos graciosos de bailarina. Los ojos de Bill y los míos la siguieron.

—Buena chica —comenté.

—Max, ¿por qué no te casas y sientas la cabeza?

—¿A mi edad? Soy demasiado joven para sentar la cabeza, como tú dices.

—Te hablo en serio, hermano.

—Y yo también.

Bill sacudió la cabeza lentamente. Me dejó como cosa perdida; pero así era la forma en que yo consideraba su vida.

Mi cuñada volvió a los pocos instantes con las bebidas y chocamos los vasos.

—Mucha suerte, Max —dijo Merlene—. ¿Has decidido a donde ir?

—A San Francisco.

—¿Otra vez de mecánico de cohetes a la Isla del Tesoro?

—Probablemente; pero no por el momento. Creo que me tomaré antes algún descanso.

—Pero entonces, ¿por qué no te quedas aquí mientras vuelves a ese trabajo y descansas entre nosotros?

—Ha ocurrido algo por allá que quiero ver cuanto antes y tal vez pueda echar una mano en el asunto. Anoche vi ciertos detalles y escuché noticias al respecto.

—Apuesto a que sé de qué se trata —dijo mi hermano—. Esa señora loca que se presenta a senador y quiere enviar un cohete al planeta Júpiter. ¡Santo Dios, a Júpiter! ¿Qué es lo que nos ha proporcionado el ir a Venus y a Marte?

Aquél era mi pobre y querido hermano, rico de dinero; pero ciego ante el progreso y falta de imaginación.

—Escuchad, muchachos; quiero tomar el avión de las dos de la madrugada. Ahora son las ocho, así pues, tengo por delante seis horas todavía. Os hago una sugerencia. Podríais mandar venir a una asistenta para los chicos. ¿Por qué no tomamos el helicóptero y nos pasamos la noche en Seattle? Iremos a alguna sala de fiestas o algo parecido. Si estáis de vuelta para la una y media, Bill tendría tiempo de llevarme al estratopuerto con tiempo suficiente para tomar mi avión.

Merlene me miró con cierto reproche en los ojos.

—Tu última noche entre nosotros y piensas que lo pasaríamos mejor en...

—Como queráis —dije—. Yo que vosotros lo haría. Pero en fin, como os parezca mejor. Tengo bastantes cosas que planear y asuntos en qué pensar, además de hacer mi equipaje.

Y continuamos hablando sobre aquel particular.

* * *

Ya tenía mi maleta junto a la puerta, dispuesta. No resultaba pesada, yo viajaba siempre con poco peso, tan ligero

como era mi propia vida. Las pertenencias materiales le atan a uno y Dios sabe que mi forma de pensar no se ajustaba a otra vida diferente. Volví a subir la escalera hacia la habitación que había ocupado en la casa de mis hermanos durante las últimas tres semanas, y que por cierto era la mayor de la casa. Ahora se convertía de nuevo en la habitación para invitados, al marcharme yo. Esta vez no encendí las luces. Anduve por ella sin hacer ruido habiendo recogido mis pocas cosas, con objeto de no despertar a los niños que dormían al lado. Me dirigí hacia la ventana, que caía sobre el porche de la casa.

Era en verdad una noche hermosa. El ambiente era suave y el aire claro y puro. Frente a mí Mount Ranier aparecía como al alcance de la mano.

Sobre mi cabeza, el cielo cuajado de las luces del cielo, las estrellas. Las estrellas que nos parecen decir que jamás las alcanzaremos porque están demasiado lejos. Pero yo tengo fe en que mienten; iremos hasta ellas. Si los cohetes no lo hacen, algo lo conseguiré.

Era preciso obtener la respuesta al desafío.

Habíamos ya llegado a la Luna. Y a Marte y Venus. Gracias a Dios, yo estaba mezclado en todo aquello, allá atrás en los gloriosos años 60 cuando el hombre surgió repentinamente en el espacio, dando así el primer paso, los primeros tres pasos en su camino hacia las estrellas.

Yo estuve allí. Max Andrews, un hombre del espacio de primera categoría. ¿Y ahora? ¿Qué estábamos haciendo para llegar hasta las estrellas?

Las estrellas... Escuchad, ¿saben lo que es una estrella?

Nuestro Sol es una estrella y todas las estrellas de los cielos son otros tantos soles. Sabemos ahora que la mayor parte de ellas, tienen un sistema de planetas que giran a su alrededor, como la Tierra, Marte y Venus del sistema solar giran alrededor de nuestro Sol.

Y existen miríadas de estrellas.

Esta afirmación no es una profanación, como los antiguos pensaron y condenaron, ahora es puro conocimiento. Existen unos cien mil millones de estrellas en nuestra galaxia. Cien mil millones de estrellas, la mayor parte con sus planetas. Si por término medio, cada estrella tuviese aunque sólo fuera un planeta, eso haría cien mil millones de planetas. Si uno entre mil de esos planetas corresponde a un tipo similar a la Tierra —con atmósfera respirable, de un tamaño similar o parecido y a una distancia de su sol como lo es la Tierra en que vivimos y hemos nacido—, entonces, cuando menos, tendríamos, sólo en nuestra galaxia, un millón de planetas que el hombre podría colonizar y en donde vivir una vida normal y donde podría fructificar su vida y multiplicarse.

Un millón de mundos por alcanzar y vivir en ellos. Pero eso sólo sería realmente el comienzo, el principio. Todo esto se refiere a nuestra propia galaxia, tan diminuta en relación con el Universo, como lo es nuestro sistema solar, respecto de nuestra galaxia.

Existen miríadas también de galaxias. Existen más galaxias de estrellas en el Universo, que estrellas en nuestra galaxia^[1]. Por lo menos mil millones de veces, mil millones de soles.

Un millón de veces un millón de planetas, habitables para el hombre. ¿Puede cualquiera imaginarse lo que esto significa? Veinticinco planetas para cada miembro de la raza humana, sea hombre, mujer o niño.

Y puesto que ningún planeta puede ser poblado por una sola persona, digamos entonces, que corresponderían cincuenta planetas por cada pareja humana. Cincuenta planetas y si se sigue considerando una población de por término medio, de una densidad de tres mil millones de habitantes por planeta, multiplicada por cincuenta veces... Primero habría que ir allá, naturalmente, pero las cifras de multiplicación a realizar en un futuro inconmensurable tendrían el carácter de lo Infinito. La raza humana siempre ha

estado bien en ese particular, ¿no es cierto? Es muy posible que pudiéramos encontrar algunos de esos mundos ya habitados por otras criaturas. Bien, eso tendría un gran interés. ¿De qué estarán poblados esos mundos, en todo caso?

* * *

San Francisco a las tres y cuarto de la mañana. Aquel condenado estatorreactor iba con retraso. Casi siempre lo hacen.

Adquirí un periódico de noticias resumidas en el estratopuerto de la Isla del Ángel y tomé un helitaxi hacia la Unión Square, la única plaza de la ciudad en que permiten aterrizar a esta clase de aparatos. Para probar fuerzas, subí por Nob Hill hasta Mark, aquello me fatigó un tanto, aunque no demasiado. El Mark es un antiguo hotel en bastantes buenas condiciones y no muy caro puede obtenerse una habitación individual por quince dólares diarios. Cuando yo era un niño era famoso por sus vistas al puerto y los puentes de la ciudad, ahora existen enormes edificios a su alrededor que le privan de su viejo encanto. Pero obteniendo una habitación por encima del séptimo piso y sobre la esquina de California Mason, todavía puede observarse el nordeste de la ciudad con el barrio chino y contemplar desde allí la Isla del Tesoro, donde toman tierra los cohetes. Mirar hacia allí proporciona la visión, para mí fascinante, de ver salir o entrar alguno de los cohetes del espacio. Yo no había visto ninguno desde hacía meses y me encontraba deseoso de verlo. Me había apartado de ellos hacía demasiado tiempo. Por tanto, rogué que me diesen una habitación alta en el lado derecho del edificio.

El conserje me dijo que no la tenían en aquel lugar; pero a la vista de un billete de diez dólares, reconsideró la cuestión, murmuró una excusa y me la proporcionó. Me apresuré a tomarla.

La habitación estaba hecha un verdadero revoltijo, la persona que la había alquilado pocas horas antes y se había marchado, era en realidad una pareja y sin la menor duda habían bebido a placer, tras haber luchado amorosamente sobre la cama, amén de haber ensuciado todas las toallas. Pagaron sin duda bien, por haber permanecido sólo media noche.

Aquello no me importó lo más mínimo. Me llevé una silla hacia la ventana y me senté allí, gozando de la contemplación de las luces de la Isla del Tesoro y del cielo, mientras leía el periódico de noticias condensadas adquirido en Ángel. Lo hojeé por encima, ya que no aprecié nada de especial interés en la publicación.

Lo dejé a un lado a poco y me dediqué a esperar la llegada de algún cohete, mientras pensé en muchas cosas. Pensé en mi sobrino, en Billy. A los seis años, aún estaba en el estado del Sueño, todavía quería ser un hombre del espacio. Anhelaba llegar a las estrellas. Pensé si debería ayudarle a continuar por aquel camino o dejarle que continuase su vida a la forma de su padre, terminando por abandonar tales pensamientos.

Mientras se mantuviera en el gran Sueño y si persistía en él, podría contarse como otro loco de las estrellas. Otro chiflado. Pero cada uno de nosotros contaba en el resultado final del futuro. Una vez que hubiera suficiente número como nosotros...

La niebla comenzó a levantarse y a invadir el puerto, al igual que el cielo a ponerse gris con la próxima aurora. Comprendí que ya no tendría tiempo para ver llegar a un cohete espacial y decidí dormirme. Pero dormirme allí mismo, en el sillón, ya que en cierto modo me repelía meterme en aquella cama revuelta. A pesar de todo, dormí profundamente.

La camarera me despertó llamando a la puerta. El sol ya lucía en la ventana y mi reloj de pulsera me indicó que ya eran las once de la mañana y que debí haber dormido unas

siete horas. Me sentí rígido e incómodo cuando me levanté de mi asiento.

Me dirigí a la puerta de la habitación y le dije a la camarera que saldría por un rato, agradeciéndole que me arreglase el cuarto. Rígido, sucio y sin afeitado, bajé las escaleras en busca del desayuno. El lavarse y el afeitado podrían esperar hasta que el cuarto de baño estuviese limpio y dispusiera de toallas nuevas. Pensé si la camarera tuvo la idea de que yo era quien había dejado la habitación en tales condiciones; pero descarté tal idea, importándome un bledo lo que ella pudiera pensar al respecto.

Cuando volví a la habitación, la encontré limpia y todo en orden. Me tomé una buena ducha y me afeité. La rigidez del cuerpo había desaparecido y comprobé que me encontraba bastante bien.

Telefoneé a la Isla del Tesoro y pregunté por el jefe de mecánicos Rory Bursteder. Surgió su voz al otro extremo del cable y oí que me decía:

—Aquí Bursteder. Dígame.

—Rory, soy Max.

—Max ¿qué?

—Max, a secas. ¿No me conoces?

Rory soltó un rugido de león.

—¡Max Andrews! ¡Viejo zorro, granuja! ¿Dónde has pasado este último año?

—Pues de un lado a otro. La mayor parte del tiempo en Nueva Orleans.

—¿Desde dónde me llamas?

Se lo dije.

—¡Por todos los diablos, ven aquí inmediatamente! Puedes comenzar a trabajar en seguida.

—No quiero comenzar el trabajo en una semana todavía, Rory. Primero quiero ver algo interesante que hay por aquí.

—Oh... ¿Las elecciones, tal vez?